

El imaginario literario de Sender en el norte de África

Vicente Moga Romero
Archivo Municipal de Melilla

Una guerrera ensangrentada aparece sobre un romero. En el cuello sólo queda un número de metal: el 2; pero al lado se ve la huella del 4, no descolorida aún. Tiene la mañana tintes desvaídos. Es natural. Ha perdido tanta sangre, que no podrá ya curarse nunca esta anemia, recuperar una apariencia de salud. (Sender, 1992, 138)

—Dios. Yo soy Dios. ¿No lo ves en mi chilaba nueva, en el albornoz blanco?

—Dios es español.

—Me he pasado a los moros. Dios está siempre del lado del que puede más. (Sender, 1992, 178)

Cuando en el año 1990 reedité en Melilla la novela *Cabrerizas Altas*, de Ramón J. Sender, junto a las dos series de artículos que el autor había publicado en el periódico melillense *El Telegrama del Rif*, entre abril de 1923 y enero de 1924, bajo los títulos de «Arabescos» e «Impresiones del carnet de un soldado», tuve la certeza de que Sender había quedado de alguna forma profundamente marcado por la impronta de la ciudad a la que vino a realizar el servicio militar como alférez de complemento y no era sólo que el autor de *Imán* hubiera quedado «impresionado» por las secuelas del denominado «desastre de Annual», en julio de 1921, sino que, sobre todo,

EL LUGAR DE SENDER

me parecía detectar en algunas de las páginas literarias senderianas el marchamo de una huella imborrable provocada por su estancia norteafricana, cuando apenas despuntaba el «alférez banderado del amor» a la primera veintena de su existencia.

Las descripciones dedicadas al barrio melillense del Polígono, en *Cabrerizas Altas*, reiteradas en *Crónica del alba*, en el «Cuaderno sexto», a través del peculiar realismo senderiano, surrealista y expresionista a partes iguales —lo que Sender llamaba «juegos de fantasía con mi mundo inconsciente» (Sender, 1980, vol. 2, 363)—, cuando sin embargo han pasado casi cuarenta años desde la primera aparición de *Imán*, me llevaban a pensar que la ciudad en que Sender vivió durante su estancia de apenas un año en el norte de Marruecos había despertado en el incipiente escritor una sensibilidad definitiva que bien podría haber marcado el resto de su obra. No en vano escribió: «Allí [en el Polígono] aprendí yo a ver cómo Dios se contempla en los espejos de nuestras almas, especialmente los días nublos con un poco de fuego en las vertientes» (Sender, 1980, vol. 2, 333).

La tesis, atractiva para un melillense, no deja de tener apoyos en los discursos literarios y vitales de otros escritores coetáneos de Sender y que como él pudieron quedar marcados por la impronta «africana», como Ernesto Giménez Caballero, José Díaz Fernández, etc., en un proceso que desde luego parece continuarse en el tiempo hasta la época actual a través de otros muchos y cualificados hombres de letras que han tenido como única vinculación con Melilla la realización en ella del servicio militar, pero que de alguna manera han necesitado expurgar los sentimientos surgidos en una ciudad ya para siempre imborrable de su propio devenir a través de crónicas periodísticas, cuentos, novelas, poesías, etc. Un escritor especialmente cualificado por su propia experiencia histórica, Arturo Barea, expresa el impacto de la experiencia marroquí en Sender:

[Sender] sirvió en Marruecos, en el corrupto ejército colonial que peleó la guerra del Rif y en la que vio a gentes como las de su poblado masacradas, mutiladas, y a lo menos miserablemente desarraigadas por causa de una frívola política de prestigio, y a través de la ineptitud o avaricia de la casta militar. Cuando regresó a la vida urbana, describió lo que había visto —la lucha de soldados indefensos— en su primera novela, *Imán*. Fue un grito revolucionario, un trabajo de arte, y la primera novela realista española que fue más allá de lo superficial, hacia la vida semiconsciente de la mente, e hizo articular el mundo de la gente inarticulada a través de signos externos. Leí *Imán* cuando todavía mis propias experiencias de la desastrosa campaña marroquí estaban demasiado frescas en mi mente, y me pareció que Sender había expresado toda la miseria, la degradación, la confusión y el resentimiento de cualquier soldado que es involuntariamente parte de una fea máquina de guerra. (Barea, 1948, 11-12)

Sin embargo, la tesis que se plantea en este pequeño artículo —surgido como un esbozo, un rápido apunte de corazonadas e intuiciones literarias— puede centrarse en torno al tema del «imaginario senderiano» puesto a prueba, confrontado, durante un breve pero intenso periodo de

tiempo, en el propio decorado de su fantasía o, al menos, de una de sus fantasías proclamadas *a posteriori* desde las páginas de sus escritos: la vivencia de África. Siempre me ha interesado saber el nivel de conocimientos y de comprensión que alcanzó Sender, en su época melillense, de la sociedad rifeña y cómo conjugó su prístino imaginario del mundo rifeño —es decir, el horizonte cultural que Sender tenía preestablecido al desembarcar en Melilla— con el choque que debió de suponerle la irrupción en ese mundo ya real que él había soñado en su juventud desde una biblioteca de Zaragoza —los jueves llegaba una revista «con una historietita de aventuras de dos exploradores ingleses en África» (Sender, 1980, vol. 1, 324)— y que había descrito más tarde como un «destino» conocido al señalar que no le había sorprendido su envío a Marruecos, ya que «había leído tanto sobre aquel sombrío y árido país y sobre las condiciones de la vida militar en las colonias que no me sorprendió nada en absoluto» (Sender, 1980, vol. 3, 125).

Qué contraste aparece si se compara con la narración pesimista de la vuelta de Viance, el desolado antihéroe de *Imán*, a España cuando encuentra que

El campo, el paisaje [de España], no son lo que se figuraba en Marruecos. No hay tanta diferencia entre aquel campo y éste. Matas, tomillo, tierra parda, blanca y alguna vez rojiza. Cuervos, lo mismo que allá. Esperaba que esta tierra le hablara al corazón. (Sender, 1992, 278)

Sabemos que entre sus lecturas de juventud podían figurar autores como Pedro Mata, autor de una novela «orientalista» de corte africano, titulada *Los moros del Rif o el presidiario de las Alhucemas* (Madrid, 1858), que transmite la imagen precolonial del rifeño, imagen que permanecerá casi intacta en todo el discurso colonial de la primera mitad del siglo XX:

Los berberiscos rifeños, de libres y vagabundas inclinaciones [...] ora porque con sus intransigentes odios a todo lo nuevo y extranjero no saben vivir en paz con nadie, y en especial con los cristianos [...]. A esa ferocidad verdaderamente africana se debe acaso que, siquiera yazca el Rif a las puertas de la civilización europea, y esté lindando con España, [...] sea al fin y al cabo tan desconocido.

Sus montes y sus ríos son bastardos; no tienen nombre ni pila bautismal; no se sabe si hay villas, pueblos o aldeas, o si viven sus aduares y kabilas debajo de cuevas, casas como colmenas, o de las tiendas portátiles [...] todo yace en la más profunda oscuridad para nosotros.

Ineficaces barreras de esos cafres y hotentotes septentrionales son nuestros presidios de África [...].

Cuando en el transcurso de esta historia penetremos ora en los montes, ora en las llanuras del Rif, ya descubriremos en las peñas o en las arenas alguna blanca calavera que nos relate los memorables hechos de armas de nuestros antecesores, mientras cruzaron sus espadas toledanas con el yatagán de esos salvajes. (Mata, 1934, 6-7)

Más aún pudo ver estimulado sin duda su primer horizonte literario del imaginario oriental con la lectura juvenil de la obra de Salgari, entre las

EL LUGAR DE SENDER

que figura una dedicada a la región de Melilla, *I briganti del Riff* (Florencia, 1911), donde el joven Sender pudo leer una nueva descripción de los temibles rifeños:

I Barbari del Riff non somigliano ai Mori. Sono uomini biondi, di carnagione quasi bianca, che non conoscono né sultano, né *kaid*, e che non hanno altra legge all'infuori di quella del loro fucile. D'istinti sanguinari, dotati d'un coraggio a tutta prova, che nemmeno i cannoni europei hanno mai saputo domare, annidati sulle loro alte montagne, od imboscati sulle rive del Mediterraneo, entro le alte dune, sono stati quelli che hanno sempre dato da fare piú di tutti i Marocchini dell'ovest. (Salgari, 1992, 105)

Las propias crónicas firmadas por Víctor Ruiz Albéniz —«El Tebib Arrumi», es decir, el médico cristiano— en el periódico *La Tierra* y las de otros periodistas nutrieron de información al primer Sender (Sender, 1993, XXVII), aunque hay que hacer constar que siempre le llegaba una visión ya elaborada, a través de intermediarios más o menos cualificados, por lo que en realidad lo que obtuvo fue un análisis depurado, y sesgado, de la realidad «africana», bagaje con el que viajó a Melilla, capital de la región oriental del protectorado español en Marruecos, esencialmente configurada por el mítico Rif:

Er-Rif الریف es una palabra árabe que significa *país cultivado y fértil, normalmente sobre las orillas de un río y a continuación de un desierto*. En kabilio rif significa *borde, orilla*. Los rifeños aplican este nombre a su país sin comprender el sentido.

El Rif está limitado: al norte, por el mar Mediterráneo; al este, por la provincia de Orán; al oeste, por la provincia de Djebala; al sur, por esta última provincia, y, al sudeste, sobre una pequeña superficie, por la provincia de Dhahra. [...]

Siendo la más pequeña de las diez provincias de Marruecos, el Rif ha sabido conservar su independencia desde los tiempos prehistóricos. No ha sido jamás sometida por el trono de Marruecos y ha servido constantemente de refugio a todos los rebeldes y pretendientes. En nuestros días este asilo es inviolable. Piratas, renegados, príncipes independientes, todos aquellos que no encuentran seguridad en otras partes del Imperio no tienen más que poner el pie sobre esta tierra clásica de la independencia, para no temer ser reducidos por ningún poder.

Los rifeños acogen a los extranjeros y sobre todo a los renegados españoles fugados de los presidios. La fórmula musulmana *la ilaha illa Allah, Mouh'ammed rasoul Allah* (no hay más Dios que Alá, Mahoma es el profeta de Alá) es un salvoconducto mágico para todo europeo que el destino envía a las manos de estos farrucos montañeses. (Mouliéras, 1895, 35)

Estando ya en Melilla, adonde había llegado en febrero de 1923, conoció que había ganado el concurso literario de novelas cortas de la revista *Lecturas* por su relato de ambiente marroquí «Una hoguera en la noche». La noticia se recogió en el periódico local, en el que colaboraba Sender, *El Telegrama del Rif*, el 18 de abril de 1923. Posiblemente este hecho le facilitara la colaboración en el propio diario melillense, que

mantenía una línea conservadora, militarista y de clara opción intervencionista en Marruecos, desde su aparición, el 1 de marzo de 1902. Sender encontrará en la redacción de *El Telegrama del Rif* muchos aspectos concordantes con otros periódicos de juventud, como *La Tribuna* y *La Tierra*. Este último periódico, controlado por los dirigentes de la Asociación de Labradores y Ganaderos del Alto Aragón, estaba vinculado también a Enrique de las Cuevas, ingeniero industrial en Huesca, a quien Sender dedica «Una hoguera en la noche» (Sender, 1993, XCIX) y describe en *El Telegrama del Rif*, en la serie de «Arabescos», como «el apóstol del árbol, sabio y caballero» (Sender, 1990, 185). Un hermano suyo, Francisco de las Cuevas, residía en Melilla y colaboraba en *El Telegrama del Rif*; supongamos que él sería el introductor de Sender ante Cándido Lobera Girela, fundador y director del periódico melillense, colaborador habitual de revistas como *África Española* (Madrid), *España en África* (Barcelona), *Revista de Tropas Coloniales* (Ceuta), etc., que había sido nombrado en 1916 por la República Francesa Caballero de la Orden de la Legión de Honor, que se retiró como capitán de artillería y que fue factótum de la sociedad colonial de la época:

Los indígenas, como gente inculta, son muy volubles. La volubilidad es uno de los rasgos más salientes de su carácter. Un día defienden lo que al día siguiente combaten; hoy erigen un ídolo y mañana lo echan por tierra; los entusiasmos de una hora se truecan en odios más tarde.

Son caracteres infantiles, niños grandes mal educados, árboles que se torcieron en su crecimiento, imposibles de enderezar; espíritus ligeros, impresionables, a los que sólo deslumbra y hace marchar derechos la energía, la firmeza, la justicia, y, sobre todo, la fuerza.

De ahí las dificultades de hacer efectiva la política de atracción, mediante razones y buenas palabras. (Lobera, 1909, 18)

Carlos Seco Serrano, haciéndose eco de la reedición, en el año 1990, de los artículos publicados por Sender en *El Telegrama del Rif*, en Melilla, los años 1923 y 1924, ha escrito, bajo el significativo título de «Un Sender insólito» (Seco, 1990, 7-8), cómo queda sorprendido de la insólita vocación militar del joven Sender, que muestra una actitud tan radicalmente diferente de la que plasmaría en 1930 en las páginas de *Imán*. Pero no parece extraño para el joven periodista que escribe con todo el aroma de la divisa de *La Tierra* —«Religión, Familia, Patria y Propiedad» (Sender, 1993, LXXXVI)— «Pinceladas» de exaltación de la raza española, donde «la jota ha dado siempre a todos la sensación de latido de una raza fuerte y hace pensar en aquellos cantos épico-líricos que llegaban a todas las almas hablándoles de epopeyas de raza» (Sender, 1993, 90).

Es lo mismo que ocurre con el tratamiento del «problema de Marruecos», cuando el «conformista» Sender de los primeros años achaca al líder rifeño y ya en 1923 presidente de la República Rifeña (*Jumhuriya Rifiya*, en rifeño), Mohamed Ben Abd el-Krim, la culpa de todos los males del ejército español y de la «patria», simbolizándola en la «rota de Annual», en

EL LUGAR DE SENDER .

julio de 1921, cuando publica en *La Tierra*, el 16 de junio de 1922, el artículo «Entre paréntesis. Responsabilidades»:

Sustentamos una teoría sobre el problema [de Marruecos], que queremos exponer, seguros de que, cuando el expediente vea la luz en las Cortes, tendremos el honor de haber coincidido con el señor Picasso en que el responsable único de cuanto aconteció en julio del año pasado fue Abd-el Krim.

Serénense las conciencias y venga el lector a cuento. ¿Hubiera evacuado nuestro Ejército Annual si el cabecilla beniurriagueño no hubiera atacado? ¿Hubiera ocurrido la tragedia de Monte Arruit si el funesto guerrillero no hubiera sitiado a nuestros héroes? ¿Los valientes de Beni-bu-Hafar [*sic*; debe decir Beni Bu Gafar] hubieran sucumbido, a no ser por el empuje de las hordas rebeldes capitaneadas por el maldito rifeño? Pues, entonces, no discurremos más, no nos perdamos por los oscuros laberintos de la duda. Abd-el-Krim es el único responsable y, si no, al tiempo y al expediente de Picasso. (Sender, 1993, 108-109)

No es, pues, la época de la presencia en Melilla, nos parece así, la de la catarsis del pensamiento y la actitud de Sender, sino la Dictadura de Primo de Rivera y la radicalización de un sector de los intelectuales no sólo contra el dictador sino contra el propio rey, como ejemplifica la actitud, entre otros, del socialista Indalecio Prieto (Prieto, 1972). Podría decirse que de *La Tierra* a *El Sol*, pasando por *El Telegrama del Rif*, Sender realizó una verdadera pirueta ideológica, una suerte de conversión «paulina», pero siempre conservando unas referencias constantes adquiridas en su vivencia «africana»; así, el viento de Levante, visto como símbolo de la libertad (Sender, 1992, 184), azotando el barrio del Polígono y nutriéndolo de las emanaciones imaginarias del desierto africano y del más prosaico y cercano olor a mariscos (Sender, 1990, 181).

Imán fue desde luego la verdadera catarsis de Sender, para pasar del militarismo de pequeña monta (Sender, 1990, 199) y del odio al rifeño —posiblemente más odio a lo desconocido, a lo ignorado, es decir, odio de la ciega y soberbia ignorancia, mamada en las noticias censuradas y sesgadas de los periódicos de España— al nihilismo desolador de Viance, el antipatriota que diluye las responsabilidades en el colectivo y que desconoce al final de su peripecia el propio paisaje de su patria. Ha imaginado un enemigo sin patria en tierras de África —pensemos que a los rifeños los españoles les negaron su propia nacionalidad histórica: los españoles iban a África o a tierra de moros— y en la campaña de Marruecos ha imaginado una patria inexistente que no reconoce a su vuelta. En *Imán* aparecen eslabonados los nudos gordianos de un discurso ácrata y real de la España de los años veinte:

Es la guerra. Esto es la guerra. La banderita en el mástil de la escuela, la «Marcha Real», la historia, la defensa nacional, el discurso del diputado y la zarzuela de éxito. Todo aquello, rodeado de condecoraciones, trae esto. Si aquello es la patria, esto es la guerra: un hombre huyendo entre cadáveres mutilados, profanados, los pies destrozados por las piedras y la cabeza por las balas. (Sender, 1992, 168)

VICENTE MOGA ROMERO

El espíritu del Mío Cid, al que un paisano de Sender, Joaquín Costa, quiso encerrar bajo siete llaves, acompañó los cánticos de los soldados que iban a luchar a Marruecos, con «un impulso juvenil, una conciencia optimista» (Sender, 1992, 275), y que luego volvieron —aquellos que no figuraron en la nómina de casi veinte mil bajas— asombrados de su propia cobardía y de la visión de un país de labradores sumisos y embrutecidos por el «genético» odio al moro que poblaba España. La España negra y goyesca aparece casi al final en la amargura que destilan las palabras de Viance:

—[...] Si tiene usted dos hijos, procure que no vayan a la guerra.
—¿Qué puede hacer uno contra eso? —replica con aire escéptico [un labrador].
—¡Matarlos! (Sender, 1992, 277)

Podemos estar ya en condiciones de intentar una pequeña aproximación al horizonte cultural de Sender —su imaginario rifeño prístino— en Melilla, en 1923 y 1924, para lo que tenemos que recurrir ineludiblemente a sus «Arabescos», publicados en *El Telegrama del Rif*, y sobre todo al titulado «El rifeño por antonomasia»:

Entre todos los moros hemos hallado uno que lo es con mayor propiedad, uno que responde exactamente a la imagen que nos forjamos a través de Ruiz Albéniz o —estilizando más— a través de Pierre Benoît.

No es exageradamente alto ni demasiado corpulento. Posee ese equilibrio de proporciones que, según dicen, determina la elegancia, Viste una chilaba blanca, blanquísima, de un albor que, sobre los hombros, en la amplia kabúa es casi azul al contrastar con el color —tierra de Siena— de su perfil duro.

Cuando lo hallamos sentímonos íntimamente satisfechos. Fue algo así como un éxito de intuición. Esa nueva facultad de los sentidos que un ateneísta llamaría conciencia estética; posee indudablemente el orgullo de su exactitud en las apreciaciones a larga distancia y a largo plazo. (Sender, 1990, 183)

El ateneísta Sender de 1923 podría llamarse el ateniense Sender cuando compara la ingenuidad y el heroísmo de sus compañeros sargentos con los de los «héroes de los poemas clásicos» de los días legendarios de Argos, Atenas y Troya (Sender, 1990, 190), lo que enlaza con su poema «Gesta de los Pirineos», publicado en *La Tierra* el 3 de enero de 1923 (Sender, 1993, 202). Más tarde en *Imán* surgen otros parámetros clásicos como la platónica concepción de la belleza unida a la justicia y al bien: «En la cantina está el cabo de intendencia, buen muchacho, “novio” de la morita que está con nuestra Rosa. Esa morita es de Beniurriaguél y le acompaña toda la estampa de terror que esa cabila sugiere: fea, denegrada sin ser negra, ferozmente seria» (Sender, 1992, 244). Apreciación que hace ver Arturo Barea cuando escribe: «El primitivo anhelo humano por lo bueno, lo agradable y lo bello, en medio de la crueldad y la fealdad, es un abuso

EL LUGAR DE SENDER

y una fuerza eterna que Sender redescubre en cada una de sus novelas» (Barea, 1948, 12).

Pese a todo nunca cayó Sender en la cuenta de que se encontraba haciendo el servicio militar precisamente en el corazón de la Alcolea rifeña —la región de Melilla, Alkalaia, en árabe ‘tierra de castillos’, en español Guelaia, en rifeño la Confederación Iqari’yen, formada por las tribus de Beni Sidel, Beni Bu Ifrur, Mazuza, Beni Bu Gafar y Beni Shicar—. En esta última sitúa su relato «*In illo tempore* de Beni-Sicar», recogido en *Segundo solanar y lucernario* (1981), donde escribe sobre los tuareg:

Un tuareg. Más tarde conocí otros y me familiaricé con alguno de ellos. No son árabes, aunque visten casi lo mismo. La plebe tuareg se llama a sí misma «berberisca» y habla selha. [...]

No hay duda de que hubo una civilización antediluviana mucho más rica de conocimientos que la europea del siglo pasado y que esa civilización se conservó en Egipto y en Mesopotamia. Todavía las famosas tabletas de Nínive nos lo recuerdan. [...]

Parece que sobre aquellos hombres de culturas primitivas había otra raza (algunos dicen ahora que vino de fuera de la Tierra) avanzadísima en ciencias y artes. [...]

Todas estas cosas nos llevan una vez más a pensar en la Atlántida y en los tuareg que se salvaron en las montañas de África como en las de España. Es un tema de una gran fuerza de sugestión al cual dedican su talento interpretativo muchos especialistas de veras autorizados. (Sender, 1981, 39-41)

Sender enlaza a los «exóticos» tuareg con los montañeses de los Pirineos, las Alpujarras y la sierra de Albarracín, centrando la patria mística de los guerreros azules en el «Sáhara atlante y Egipto, cuyas pirámides consideran sagradas» (Sender, 1981, 39).

Sender desde luego no parece tener un gran conocimiento de estos tuareg (singular, *targui*) ni de sus costumbres, etnia y lengua, ya que no son, efectivamente, árabes ni tampoco se autodenominan «berberiscos» o «bereberes», lo que recuerda despectivamente la palabra «bárbaro». Son propiamente imaziguen (es decir, lo que la historiografía occidental actual traduce como bereberes), como los rifeños, los habitantes del Atlas y los del Sus de Marruecos. Estos últimos, los chleuhs, han dado, por deformación occidental, la palabra *shelja* o *selha*, que es la que atribuye Sender al idioma de los tuareg, al que ellos en realidad denominan tamasheq y que forma parte de la lengua tamazight, hablada históricamente en todo el norte de África, desde Egipto a Mauritania y desde Níger y Malí hasta el Mediterráneo. Los tuareg conservan en la actualidad su propia escritura basada en los signos tifinar, que las madres transmiten a los hijos.

Sender acusa en profundidad la influencia romántica de Pierre Benoît y de su libro *La Atlántida*, publicado en primera edición en París en 1920 y que fue traducido al español por Rafael Cansinos-Assens. La dedicatoria del libro recoge la alusión de Platón, en *Critias*, a que los tuareg son los herederos de la mítica Atlántida:

VICENTE MOGA ROMERO

Debo advertiros en primer lugar,
antes de entrar en materia, que no
os asombréis de oírme llamar
a unos bárbaros con nombres griegos. (Benoît, 1994, 5)

La influencia de Benoît es compartida por otros periodistas como Víctor Ruiz Albéniz. Éste, que inicia su experiencia marroquí en 1908 cuando es nombrado médico del recién constituido Sindicato Español de Minas del Rif, en Uixan, cabila de Beni Bu Ifrur (Uixan o Adrar Uixan, cuya traducción del rifeño sería 'monte de los caballos' —en árabe, Yebel Uixan—, y no Ujián o Uxián, como recoge Francisco Carrasquer en su completa edición crítica de *Imán*) (Sender, 1992, 210, n. 57), dibuja el estereotipo rifeño en sus páginas de joven africanista, en lo que entonces se denominaba la «psicología del rifeño», integrada por epítetos de la barbarie, como salvajes, traidores, vengativos, degenerados, falsos, inferiores, etc. (Ruiz Albéniz, 1994, *passim*). «El Tebib Arrumi», pseudónimo literario de Víctor Ruiz Albéniz, publicó también en *La Tierra* sus crónicas marroquíes, junto a otros escritores que sirvieron de primera fuente de información para el joven Sender (Sender, 1993, XXVII), y, como el autor de *Imán*, llegaría a preguntarse a través de uno de sus personajes la razón de la presencia española en Marruecos:

Los españoles no son ni más ni menos valientes que los otros hombres, y quizá lo sean menos que los rifeños, porque éstos defienden lo suyo, sus tierras, su independencia y nosotros... ¿Tú te has parado a pensar por qué y para qué estamos aquí? (Ruiz Albéniz, 1994, 85)

Influencias que confluyen en Sender, con los escritores de las campañas de Marruecos, desde la de 1893, con Melitón González (González, 1893, 692-695) y Rodrigo Soriano (Soriano, 1894), a la de 1909, con Eugenio Noel. Éste compartió la experiencia de Cabrerizas y del Polígono, como el propio Sender, escribiendo algunas de las páginas más brillantes de los cronistas de las guerras del Rif. Aún más, recogió el tremendo impacto de un elemento novedoso para muchos de los soldados de tierra adentro que tendrían en la «ruta de África» la primera experiencia marina:

El mar es la única palabra humana que no tiene definición posible. ¿Cómo definir esa respiración monstruosa y lenta, esas mareas y reflujos, esa vasta extensión que parece inmóvil, a veces, y es, a veces, la más gigante muestra de la irritación y la catástrofe? Su color en la calma es el del cielo. (Noel, 1910, 227)

También, José Ortega Munilla, con sus artículos de *La Esfera*, de Madrid (Ortega Munilla, 1919 y 1921), donde colaboraba igualmente Tomás Borrás, publicando artículos africanistas (Borrás, 1921 y 1922). A Ortega Munilla, viejo conocido de Sender, le dedica un recuerdo cariñoso en sus «Arabescos» junto a «Los corresponsales de guerra». Así como

EL LUGAR DE SENDER

Francisco Gómez Hidalgo (Gómez Hidalgo, 1921) y otros (Sender, 1990, 194), ya situados en la campaña de 1921. Influencias que se rastrean también en los escritores de la generación del 98, de los que Sender ironiza en *Cabrerizas Altas*:

No hay nada más fácil que imitar a los escritores del 98, porque casi todos son escritores de falsilla. [...] el moroso y sinsustancial de Azorín [...] Baroja es fácil de imitar por lo que tiene su desaliño de afectación. [...] Unamuno es más fácil aún en el ensayo, que era lo único de él que [...] nos gustaba. (Sender, 1990, 67-69)

Valle-Inclán es más respetado por Sender, así como *Azorín* es el más atacado, ya desde las propias páginas de *El Telegrama del Rif*, en sus «Arabescos»: «—En mi pueblo hay un tío que no sabe hablar y que todo lo hace por escrito. Le dicen “Azorín”, pero eso es apodo» (Sender, 1990, 195).

Hay un lugar común a todos estos escritores: el desconocimiento del mundo rifeño, la imposibilidad de penetrar la alteridad rifeña y ello a pesar de que ejercían, en mayor o menor medida, y siempre dentro de grandes contradicciones literarias e incluso éticas, la crítica contra el sistema que permitía una irrupción tan violenta en Marruecos, más aún cuando se hacía derramando la sangre de tantos jóvenes españoles enviados al territorio ignoto de África a servir en el ejército del «rey gafe». Las contradicciones afloran en la inconsistencia del entramado teórico que sustenta el dibujo de la sociedad rifeña. Sender mezcla continuamente lo árabe y lo bereber, parece más bien que no es capaz de distinguir la enorme diferencia de ambas culturas, de ambos mundos tan diferentes. Es cierto que el islam es un elemento común, pero ni étnica ni lingüísticamente había referencias comunes. El mismo Sender recoge palabras aisladas del tamazight o rifeño, algunas tan usuales y significativas como *Mlej* (se traduce por ‘bien’, de *bienestar*) (Sender, 1992, 155), sin tener un mayor acceso a una lengua que le parece «misteriosa» y a una sociedad a la que simplifica en exceso:

Una vez más, se aprecia la diferencia entre el moro insumiso, rebelde y el «civilizado». Éste se ha contagiado de la seguridad en sí mismo y del desenfado del soldado español. Al discutir acaloradamente en su idioma intercalan exclamaciones en español —¡coño!, ¡puñeta!, ¡hijo de puta!— y siguen en su misterioso idioma. Ésa es una manera fácil y segura de identificarlos a primera vista. (Sender, 1992, 231)

El «moro», siempre el moro, despojado de sus vestimentas morales, ruín y bárbaro, reducido al ámbito de su chilaba (Sender, 1992, 118), al que se le imputa la tragedia de Marruecos, como escribe en su prólogo a *Imán Ramón J. Sender*, pero ¿no era también y esencialmente la tragedia de España? Tenemos que acudir a escritores autocríticos como Ciges Aparicio o Indalecio Prieto para tener unas coordenadas más objetivas de una guerra que, desde luego, no provocaron los rifeños sino, en todo caso, la oligarquía financiera, caso de Romanones, a quien tan ligado

estaba Ruiz Albéniz y a quien Sender ataca duramente, y el ejército. Este último tendría en Annual una derrota implacable que mostraría al mundo la presencia de un pueblo capaz de plantar cara a la potencia colonial invasora. Poética y crudamente lo dice Sender en *Imán*, aludiendo a las muertes de oficiales tan destacados como el comandante Benítez (el denominado comandante B.) y el general Silvestre (general S.): «Los moros hicieron entonces [en Annual] buena cosecha de estrellas» (Sender, 1992, 67).

La fascinación del año veintiuno, la crueldad de los «bárbaros» rifeños —con esa «voluptuosidad sádica que les suele lucir en los ojos y que Viance sólo ha visto antes de ahora en los de algunas beatas españolas edificadas ante una imagen de Cristo en la cruz» (Sender, 1992, 175)—, a la que se responde con la crueldad más refinada de la civilización, sin eludir la guerra química a la que Sender alude en varios pasajes, como los bombardeos con gas iperita (Sender, 1992, 56, 263), que no sólo amputan o cercenan la vida sino que también, en uno de los rasgos ecologistas de Sender que recoge *Imán*, actúan «mutilando bárbaramente el paisaje» (Sender, 1992, 259). El joven Sender, que había considerado el cuartel como auténtica escuela de la vida, tan diferente «de la vida falsa de cuento de hadas» universitaria (Sender, 1990, 199), recrea paisajes de una turbia crueldad de seres embrutecidos por la sinrazón de la guerra.

Leyendo *Imán*, qué lejos queda la fascinación de los atlantes de Benoît, qué lejos el ideal griego que tuvo su máximo exponente teórico en el interventor militar español Emilio Blanco Izaga, autor de *La vida rifeña* y, sobre todo, de *La ley rifeña* (Blanco Izaga, 1930 y 1939), que estructuró el diagrama de la sociedad rifeña en un anagrama de rasgos arquitectónicos clásicos, sustentado por columnas y arcos de la Grecia clásica, rematados por el frontón social del Rif, y lo intentó aplicar a una sociedad segmentaria, sustentada en la agricultura, la ganadería y la pesca. Un pueblo, el rifeño, que vio la irrupción de las fuerzas coloniales hispanofrancesas a principios de siglo, lo que significó la alteración de todo su entramado social. En este contexto suenan a huecas las bellas frases de los africanistas españoles, que, como en el caso de *Azorín*, poetizaron con una realidad falseada:

Yo soy también un poco bereber. Este mismo blanco y esta bahía estrecha, han influido sobre mí; hay más allá y más acá del estrecho los mismos muros blancos y los mismas pequeñas ventanas misteriosas. (*Azorín*, 1949, 479)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

AZORÍN (pseudónimo de J. MARTÍNEZ RUIZ), «Un africanista», *África. Revista de Acción Española* [Madrid], 96 (diciembre de 1949), p. 479.

EL LUGAR DE SENDER

- BAREA, A., «Introduction», en R. J. SENDER, *Dark Wedding* (ed. de I. BAREA), Londres, Grey Walls, 1948, pp. 9-15.
- BENOÎT, P., *La Atlántida*, Madrid, Debate, 1994. [1ª ed., París, Albin Michel, 1920]
- BLANCO IZAGA, E., *La vivienda rifeña. Ensayo de característica e interpretación con ilustraciones del autor*, Ceuta, Imp. Imperio, 1930.
- , *El Rif (2ª parte). La Ley Rifeña. II. Los cánones rifeños comentados*, Ceuta, Imp. Imperio, 1939.
- BORRÁS, T., «Beduinos y berberiscos. La leyenda del niño», *La Esfera* [Madrid], 416 (24-XII-1921), [s. p.].
- , «España en Marruecos. El soldado de cuota», *La Esfera* [Madrid], 428 (18-III-1922), [s. p.].
- GÓMEZ HIDALGO, F., *Marruecos. La tragedia prevista*, Madrid, Imp. Juan Pueyo, 1921.
- GONZÁLEZ, M., «Una rifeña. La pesca del gallo en Melilla», *Blanco y Negro* [Madrid], 129 (octubre de 1893), pp. 692-695.
- LOBERA GIRELA, C., *El problema rifeño*, Melilla, El Telegrama del Rif, 1909.
- MATA Y FONTANET, P., *Los moros del Rif*, 2 vols., Madrid, Aurora, 1934 (la primera edición, de Madrid, Manini Hermanos, 1858, llevaba el título de *Los moros del Rif o el presidiario de las Alhucemas*).
- MOULIÉRAS, A., *Le Maroc inconnu. Première partie: exploration du Rif (Maroc septentrional)*, París, Librairie Coloniale et Africaine, 1895.
- NOEL, E., *Notas de un voluntario. Guerra de Melilla, 1909. Primera serie*, Madrid, Primitivo Fernández, 1910.
- ORTEGA MUNILLA, J., «El fondak», *La Esfera* [Madrid], 304 (25-X-1919), [s. p.].
- , «De nuestro Protectorado en Marruecos. El Alto Comisario General Berenguer», *La Esfera* [Madrid], 370 (5-II-1921), [s. p.].
- PRIETO, I., *Con el Rey o contra el Rey*, México, Oasis, 1972.
- RUIZ ALBÉNIZ, V., *España en el Rif (1908-1921)* (introd. y ed. de V. MOGA ROMERO), Melilla, Archivo Municipal, 1994.
- SALGARI, E., *I briganti del Riff*, Milán, Mursia Editore, 1992. [1ª ed., Florencia, Bemporad, 1911]
- SECO SERRANO, C., «Un Sender insólito», *El País* [Madrid], 2-VIII-1990, pp. 7-8.
- SENDER, R. J., *Crónica del alba*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1980 (4ª reimpr.; 1ª, 1971).
- , «In illo tempore de Beni-Sicar», *Segundo solanar y lucernario*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1981, pp. 37-41.
- , *Cabrerizas Altas (Novela). Arabescos, Impresiones del carnet de un soldado (Artículos periodísticos)* (notas históricas de F. SARO GANDARILLAS; introd., notas y ed. de V. MOGA ROMERO), Melilla, Archivo Municipal, 1990.
- , *Imán* (ed. de F. CARRASQUER), Huesca, IEA, 1992.
- , *Primeros escritos (1916-1924)* (ed. de J. VIVED MAIRAL), Huesca, IEA, 1993.
- SORIANO, R., *Moros y cristianos. Notas de viaje (1893-1894)*, Madrid, Tip. de Ricardo Fe, 1894.